

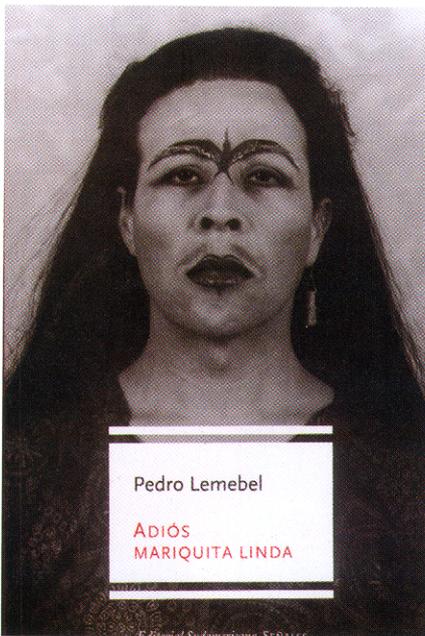
La vida loca de Lemebel

El conjunto de crónicas titulado “Adiós, Mariquita linda”, prueba que Pedro Lemebel es el gran divulgador de un mundo arrabalero que, muchas veces, pasa totalmente desapercibido ante nuestros ojos burgueses.

POR JUAN MANUEL VIAL

Demostrando que es el mejor cronista urbano de ese espacio incierto e inquietante que, por un mero asunto de convenciones, podríamos llamar Santiago puto, Pedro Lemebel ha tenido la buena idea de reunir en un solo volumen gran parte de sus peculiares y descarnadas crónicas -la mayoría fue publicada por The Clinic-, incluyendo, además, las aventuras en La Habana, una sinopsis de novela, parte de una correspondencia íntima, algunas fotografías y un lote de dibujos a mano alzada muy bien logrados, los cuales vienen a recordarnos que antes de ser una Yegua del Apocalipsis, antes de convertirse en escritor y antes de hacer sonar su voz afamada en el activismo de la izquierda dura, Pedro Lemebel era un profesor de artes plásticas muy bien dotado para tal oficio.

Adiós, Mariquita linda debe leerse como una suerte de autobiografía fragmentada del autor y, si nos ponemos más intimistas, este libro constituye un relato pormenorizado de la vida sexual de Lemebel, la cual, como se sabe, se desenvuelve mayoritariamente en los espacios arrabalescos en que el escritor prefiere contornearse. Sin embargo, sería mezquino catalogar al conjunto de esta obra como literatura gay, ya que al hacerlo estaríamos minimizando el contenido global del volumen, desvalorizando atributos innegables, como ciertamente lo son el tono humorístico, el afán de crítica social y el manejo del idioma. Respecto de este último punto, bien vale extender el análisis: hoy en día, Pedro Lemebel debe ser el único escritor nacional que, por un lado, crea lenguaje y, por el otro, incorpora suculentos términos lumpenescos al ritmo de su prosa. Afortunadamente, para beneficio del lector poco acostumbrado a la jerga, *Adiós, Mariquita linda* incluye un glosario bastante completo, donde es posible encontrar el significado de palabras como “mamao”, “pingón” o “huasteco”.



Adiós, Mariquita linda. Pedro Lemebel. Editorial Sudamericana, Santiago, 2005. 218 pp.

Desde luego que *Adiós, Mariquita linda* no fue escrito para ser leído por ojos mojigatos o espantables, ya que hay escenas que cualquier lector prejuicioso o monjil podría catalogar de infames, inmorales o, derechamente, asquerosas: “De viaje en viaje y de vez en vez, alaraquea el teléfono justo cuando uno recién se ha sentado al trono fecal para ojear el periódico. Y con el mojón colgando y la noticia a falta de papel, atiendo con voz de institutriz diciendo: Mansión Lemebel a sus órdenes”. O esta otra: “Y también esa noche supe que el Wilson era virgen, nunca había tenido mujer ni hombre que lamiera sus pétalos sexuales; me di cuenta porque no sabía ni cómo ni por dónde. Y sus ojillos chinocos reflejaban el paraíso con la mamada deliciosa que le regalé después de preguntarle: ¿querís ver a Dios, loco?”. Sin embargo, éstas y otras declaraciones del autor no están puestas para

provocar gratuitamente a nadie, ni tampoco provienen de la inextinguible coprolalia que más de alguien le ha achacado a Lemebel. El asunto es mucho más simple: Lemebel es honesto como pocos y, claro, nadie podría esperar que su voz proletaria fuese afirulada con terminología extraña a su entorno verdadero, como podrían serlo popó, pirulo o cacuca.

Como sea, en la visión de mundo de Lemebel siempre prima el humor -a veces el recurso proviene de situaciones realmente trágicas-, y es allí, en esa absoluta falta de solemnidad, donde reside buena parte de la frescura de su prosa. Mientras otros escritores chilenos se especializan en alambicar hasta las náuseas el lenguaje que ofrecen a sus lectores, Lemebel, por el contrario, nos entrega una obra cuya fuerza reside, precisamente, en la oralidad descarnada y callejera de sus componentes.

Según nos dice el autor en los agradecimientos finales, “este libro viene de un recorrido periodístico divulgado en quioscos de diarios, cunetas y envolturas de pescado en la feria barrial donde todavía asquea el plástico”. Las palabras anteriores podrían denotar cierto desdén del autor hacia lo que él llama “recorrido periodístico”, pero debemos tener claro que, aunque fueron publicadas en un periódico, las crónicas aquí reunidas sobrepasan con creces el apelativo de “periodismo” y conforman, de hecho, una literatura de la mejor especie: provocativa, obsesa, creativa y, sobre todo, profundamente original.